

Mandato

Octávio Viana

© 2025 OCTÁVIO VIANA | SILENT PEN ®

Mandato

Publicado en EE. UU. y UE

Primera impresión 2026 (1.ª edición)

Referencia Interna SP2026.01 | 09.04.2026 | 19:57

silentpenltd@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopia, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin el permiso previo por escrito del editor, excepto en el caso de breves citas incorporadas en análisis críticos y algunos otros usos no comerciales permitidos por la ley.



No hay nada más hondo, ni más romántico, que escribir un libro para una mujer y dejarla respirar ahí dentro. Darle páginas, ciudades, habitaciones, frases, el peso de la memoria (de quien escribe y de quien es escrito) y la leve distorsión de la realidad. Porque un libro así es mucho más que un homenaje, pues pasa a ser un espejo, un eco e incluso un refugio para nuestra mente.

Mandato hace eso. Elogia los lugares, porque los lugares guardan lo que tantas veces el corazón suelta. Elogia a la mujer... a la Mujer, con M mayúscula, con todo lo que hay en ella de belleza, inteligencia, misterio, ternura y... por qué no, también de ausencia y luego de regreso. Elogia la vida en sus colores más vivos, pero también en sus sombras, en sus matices más oscuros, en los desvíos, en las zonas extrañas donde el amor se mezcla con deseo, invención, memoria y pérdida... y donde el sexo transforma el tacto y los olores en una orquesta para la mente más que para el cuerpo.

En el fondo, es todo eso... revelar escondiendo, esconder revelando. Decir sin entregarlo todo. Amar sin fijar. Porque a veces, diría que muchas y muchas veces, la forma más rara de amor es esta: transformar a alguien en literatura y dejarla vivir, para siempre, dentro de ella.

Este es, por eso, un libro para todas las Mujeres que ya fueron amadas y que quizá hayan amado.

Prólogo

Hay nombres que sirven para firmar libros.
Y hay nombres que sirven para abrir puertas que deberían quedarse cerradas.

Durante años creí que conseguía separar las dos cosas. El hombre por un lado. El resto por el otro. El nombre limpio para la cubierta, para el papel membretado y para la fotografía en la que se sonríe sin enseñar demasiado los dientes. Pero luego la otra versión, la que entraba en hoteles sin dejar rastro, la que respondía a llamadas de números que no existían, la que sabía escuchar antes de preguntar y salir antes de ser vista.

Mentira útil. Pero mentira.

Llega un momento en que lo que escribimos deja de quedarse quieto en las páginas y aprende a circular solo. Aprende a ponerse un traje, a conseguir firma digital, a presentarse en salas de reuniones, en mesas de vino caro y con lenguaje de compliance. Aprende incluso a volverse contra nosotros.

Así empezó esto. No con un disparo. Ni con una persecución. Ni con una revelación limpia, del tipo en que el lector entiende enseñada a qué viene.

Empezó con un nombre.

Un nombre mío. Lo bastante muerto para que yo lo creyera enterrado. Lo bastante vivo para que alguien lo usara sin pedirme permiso.

Después vinieron los papeles. Los accesos. Las casas. Los archivos. Las voces. Los rostros separados por máquina. Las mujeres con más de un nombre. Los hombres con más de una intención. Y siempre el viejo truco, siempre el mismo: llamar protección a lo que ya es intrusión; llamar método a lo que ya es violencia; llamar azar a lo que fue preparado con semanas o meses de antelación y bastante dinero.

En medio de todo esto estaba ella.

OCTÁVIO VIANA

O ellas. Depende de quién lea. Depende del día. Depende del valor que tenga cada uno para aceptar que una mujer puede ser memoria, cuerpo, tapadera, herida y operación al mismo tiempo sin dejar de ser real.

Este libro no viene a aclarar nada. No viene a absolver a nadie. Solo viene a poner las piezas sobre la mesa y dejar que el rompecabezas se revele en un papel, en sábanas frías, pero a veces calientes, en la piel, caliente, pero a veces fría por dentro, en el hotel, en un archivo, en los pliegues del miedo.

El resto es simple.

Alguien agarró mi pasado.

Alguien lo puso a rendir.

Y yo, como casi siempre, llegué demasiado tarde para fingir inocencia.

1

Carta de Agua Oscura

Portugal, Vila Nova de Gaia

El PDF entró a las 07:12, cuando la máquina de café todavía se estaba calentando y yo tenía un calcetín puesto y el otro en la mano. El asunto venía demasiado limpio: MANDATO_V4AC_J4A_Virtuo_Turing_signed. Lo abrí en la cocina de la casa de Rua do Choupelo, de pie, sin gafas, con el primer amargor del día todavía dentro. Hay documentos que ni siquiera merecen silla.

En la primera página, Voice4AllConsumers, papel membretado respetable, lenguaje de asociación pública, defensa del consumidor, interés difuso, protección, acceso a la justicia. En la segunda, Justice4All, la portuguesa del litigation funding, seca, contractual, con esa manera jurídica de escribir. En la tercera, Virtuo Turing, Lda., reciente en la superficie, web pulida, demos simpáticas, toda la charla de la eficiencia y la virtud. Hasta ahí, feo, pero posible. El problema estaba al final.

Leilac.

Lo que me agrió no fue la firma. Las firmas se copian. Lo que me golpeó en el estómago fue la sintaxis. Había ahí una manera mía de apretar la frase, de esconder la violencia en medio de una cláusula de coordinación, una forma muy específica de parecer técnico cuando la intención ya es otra. Habían puesto mi máscara en el pie de página usando restos verdaderos de mi vida. Eso era peor que una falsificación vulgar. Era una apropiación estudiada.

Dejé la taza en el alféizar y fui a la ventana. Se veía el cuerpo del The Yeatman ahí al lado, ya con movimiento de servicio, empleados de negro, cajas entrando, coches cortos parando y desapareciendo. Más abajo, tejados, muros, bodegas, escaleras y toda la bajada hasta el Cais de Gaia. Faltaban pocos días para que acabara abril. A los cuarenta y nueve años yo ya debería haber resuelto la cuestión del nombre. En vez de eso, seguía atado a él como quien deja una

herramienta demasiado tiempo en la mano y luego ya no sabe si la usa o si la herramienta lo usa a él.

En público enterré a Leilac más de una vez. Me aseguré de hacerlo. Dije que quería mi nombre, mi cara, la responsabilidad limpia de lo que escribía y de lo que hacía. Todo correcto. Todo medio verdad. El problema es que el nombre Leilac no me sirvió solo para libros. Sirvió para reuniones, viajes, diligencias, salas sin ventanas, gente que nunca daba el apellido, mujeres que leían demasiado, hombres que escuchaban mejor de lo que admitían. Cuando alguien quería la versión más útil de mí, más expuesta o más clandestina, lo llamaba a él. Yo respondía casi siempre. Cansado, pero respondía.

En Vila Nova de Gaia, en una dirección clandestina de Rua do Chopelo, yo guardaba el archivo. Cajas, contratos viejos, correspondencia, ejemplares anotados y copias que nunca tuve valor de destruir. Mi pasado nunca fue bueno desapareciendo. Tal vez por eso aquella página me golpeó de una forma tan física. No era solo un nombre. Era la prueba de que alguien había estado trabajando sobre mis restos con paciencia jurídica.

Volví al documento. Voice4AllConsumers otorgaba mandato a Justice4All para estructurar, financiar y coordinar un conjunto de acciones colectivas, con la facultad de contratar soporte analítico y tecnológico exclusivo a Virtuo Turing, Lda. Había anexos sobre cribado documental, transcripción con identificación de hablantes, traducción de grandes volúmenes, organización de imagen por persona, reconocimiento facial, apoyo a la decisión y automatización de comunicaciones procesales. Todo impecable. Todo con el aire moralmente lavado de las cosas hechas en nombre de los perjudicados. Aun así, yo conocía ese diseño. Ya lo había visto nacer en piezas sueltas, en notas, en cuadernos y en conversaciones que nunca llegaron al papel con la honestidad debida.

El móvil vibró sobre la piedra de la cocina. Era uno de los canales privados. Los de siempre. Media docena de amigos que me veían como les convenía: el escritor excesivo, el litigante provocador, el hombre incapaz de envejecer con compostura. Uno mandaba una broma sobre que yo estaba despierto demasiado temprano para hacerle daño a internet. Otro quería saber si había visto una sentencia

absurda que había salido el día anterior. Respondí con una foto del café y una frase corta. Se rieron enseguida.

Esos canales servían para dos cosas que nunca les expliqué así: prueba de vida y cobertura. Si yo aparecía allí a las ocho de la mañana hablando mal de sintaxis, de tribunales o de jueces, la lectura era simple. Octávio está vivo, está en Gaia, sigue siendo insoportable y probablemente está escribiendo algo o preparando alguna litigación ruidosa. Y quien mirara desde fuera veía lo mismo. Un escritor. Un gestor. Un analista. Un pseudoabogado de frontera. Un provocador. No veía la otra capa porque yo me ocupaba de darle suficiente tema como para no necesitar imaginarla.

El resto venía de mucho antes. En 2009 escribí un libro sobre mercados financieros. Le metí un capítulo sobre inteligencia artificial y redes neuronales cuando todavía era fácil que pusieran cara de condescendencia con ese tema. No me interesaba la moda. Me interesaban la previsión, los patrones y la parte más caprichosa de la decisión. A partir de ahí empecé a trabajar con estadounidenses e israelíes que nunca se presentaban con el nombre verdadero del oficio. Consultores de riesgo. Gente de private intelligence. Vendedores de tecnología con un currículum demasiado ordenado. Primero fue curiosidad técnica. Modelos, datos, reconocimiento, clasificación. Después dejó de ser solo eso. Pasó a servir para escuchar, cruzar, anticipar y presionar. Espionaje, con palabras más limpias.

Virtuo Turing, Lda. no había nacido hace un año en el sentido serio de la cosa. Hace un año había ganado nombre de empresa, una web y alguien para dar la cara en la gerencia. La raíz venía de atrás. De prototipos, software disperso, licencias, módulos y experiencias hechas para clientes que nunca podían aparecer. De mi trabajo y del trabajo de otros. De noches mal pagadas y bien aprovechadas. De una curiosidad que tuvo la poca vergüenza de crecer.

Me quedé mirando la pantalla como si el intervalo entre 2009 y aquella mañana se hubiera apretado entero en una sola hoja. Eso fue lo que me hizo daño: no el fraude, sino la limpieza. Alguien había agarrado libros, cartas, viajes, viejas coberturas, archivo, vicios de escritura, restos del nombre Leilac, y había convertido todo eso en una arquitectura jurídica y financiera lista para funcionar. El pasado

entero venía ahora con cláusulas, poderes, facturación y una empresa de IA al lado.

Me puse la chaqueta ligera, metí el móvil en el bolsillo y dejé el portátil abierto sobre la encimera. Necesitaba bajar por Rua do Choupelo, pasar por el hotel, llevar el documento en las piernas hasta el Cais de Gaia. Hay papeles que, si los leo quieto, me joden la respiración.

Estaba tirando de la puerta cuando el teléfono vibró otra vez. No era ninguno de los canales.

El prefijo era italiano.

Contesté todavía con la llave en la mano.

—¿Sí?

— Dottore, scusi l'ora. Sono Giorgio. Dalla casa.

Le reconocí la voz al instante. Seca, baja y sin gusto por el drama. Giorgio se ocupaba del lago desde hacía años, más por discreción que por mantenimiento. Cuando llamaba temprano, no era para preguntar por cortinas.

—Dime.

— Mi hanno scritto da Milano. Chiedevano un accesso tecnico. Dicevano di avere un mandato firmato da Leilac.

Me quedé quieto en el rellano, la puerta abierta, el aire de abril entrando en mi pecho con esa frescura húmeda que despierta demasiado.

—¿Qué acceso?

— Archivio, telecamere, rete, inventario digitale. Parlano come se fosse già autorizzato.

— No lo fue.

— Lo immaginavo.

— Mándame el mail. Ahora. Y no respondas más.

— Subito. Hizo una pausa corta. Sanno troppe cose.

Colgué sin decir adiós. Con él no era mala educación. Era método.

Cerré la puerta y empecé a bajar. Antes de meter el teléfono en el bolsillo, abrí el canal privado y dejé una frase banal, casi estúpida, de esas que me servían de máscara social desde antes de admitir que eran máscara: Voy al muelle antes de tirar un PDF por la ventana. Duarte respondió enseguida con un audio de risa y un insulto

MANDATO

afectuoso. Otro mandó una foto de un desayuno de hotel como si eso fuera una provocación seria. Respondí con una palabrota corta y un emoji que me representaba menos que mi nombre real, pero cumplía la función.

Eso era lo que aquellos canales hacían mejor. Producían suficiente banalidad para tapar el resto. Si alguien quería saber dónde estaba, me veía ahí: vivo, temprano, de mal humor, jugando a los excesos de escritor. Si alguien necesitaba un retrato rápido, yo mismo se lo daba. Octávio está en Gaia. Octávio bajó al muelle. Octávio sigue hablando mal del mundo en vez de reventarlo. Prueba de vida. Cobertura. Cariño, incluso. No eran cosas incompatibles.

Pasé por el lado del The Yeatman por donde entran las cajas, las flores y la ropa lavada. El lujo, visto por la retaguardia, es una operación logística con olor a detergente. Había carritos de servicio, un hombre con auricular discutiendo entregas, una furgoneta de vinos descargando al lado de la zona donde los huéspedes, dentro de poco, posarían como si el día les debiera algo. Conocía mejor esta parte del hotel que la otra. Almuerzos de litigio, encuentros que necesitaban recibo, reuniones en las que el precio del lugar hacía la mitad del trabajo. En muchas de esas mesas yo había sido Octávio para la cuenta y Leilac para la lectura real de lo que estaba pasando.

Bajar la Rua do Choupelo a pie siempre hace una selección dura de lo que llevamos en la cabeza. El cuerpo elige lo esencial. La rodilla izquierda me recordó la edad en el primer tramo más inclinado. La boca sabía a café mal terminado. El documento seguía abierto en el móvil y yo solo pensaba en esto: ya me habían ido al nombre, ahora iban a por la casa.

El aviso de Giorgio entró cuando yo estaba a mitad de la bajada. Me apoyé en un muro y abrí el reenvío. El e-mail venía impecable, en inglés de compliance, remitente de una cuenta corporativa de Virtu Turing, Lda., con copia a una sociedad milanesa de apoyo legal y a una dirección funcional de Justice4All. La solicitud se llamaba technical preservation and structured evidence intake. Querían acceso a sistemas de videovigilancia, almacenamiento local, soportes físicos, documentación dispersa y material de audio con vistas a procesamiento seguro, transcripción, traducción y organización

probatoria. En el pie, el mismo lenguaje lavado. En el campo de autorización, mi náusea: under mandate executed by Leilac.

Amplíé el texto con dos dedos y enseguida sentí el vicio de aquello. No era solo mi tono. Era la secuencia operativa. Primero recoger. Después transcribir. Después identificar voces. Después agrupar rostros. Después relacionarlo todo con cronología, entidades, riesgo y decisión. Había además una nota sobre detección de dispositivos ocultos y automatización de comunicaciones. Producto, lo llamarían ellos. Yo lo llamaba otra cosa. Fue con los americanos y los israelíes como aprendí este orden de marcha, cuando todavía finíamos que estábamos investigando el futuro y no construyendo herramientas para volverlo rentable. En 2009 aquello era materia de capítulo y curiosidad de gente obsesiva. Ahora venía en papel empresarial, bonito, licenciado, con vocación de tribunal y de chantaje.

Seguí andando. No por calma. Por necesidad. Si me quedo quieto con ciertas cosas en la mano, el pensamiento se pudre enseguida.

Más abajo el sonido cambiaba. Menos coches, más gente abriendo puertas, metal de rejas, vajilla colocándose, una escoba raspando piedra, una moto de reparto dándose importancia. Al fondo, el muelle seguía en esa hora en que los empleados llegan antes que los clientes y la ciudad tiene manos trabajando antes de tener conversación. En Gaia siempre me gustó esa parte. No por ninguna poesía. Porque es la hora en que los disfraces todavía no están todos puestos.

Volví al e-mail y releí una línea que me dejó más frío que el nombre. No pedían solo acceso a la casa. Se referían a existing archive and legacy device infrastructure. Sabían que no era una casa vacía. Sabían que allí había más que muebles y platos. En Gaia había cartas, dosieres, contratos, copias anotadas, libros con márgenes escritos. En el lago habían quedado otras cosas: discos, cuadernos de trabajo, routers antiguos, dos cajas de grabaciones, hardware que yo había conservado por inercia y por culpa, como quien no tira un cuchillo porque todavía no ha decidido si fue arma o herramienta.

Muy poca gente conocía el mapa entero de esas dos orillas. Menos aún sabría traducirlo a un lenguaje de estos, lo bastante jurídico para entrar en una estructura de funding y lo bastante técnico para alimentar a una empresa de IA sin hacerla sonrojarse. Eso fue lo que

MANDATO

empezó a roerme en la bajada. La falsificación ya no me parecía obra de un oportunista. Parecía trabajo de gente con acceso a materiales reales, memoria suficiente y, sobre todo, nervio financiero.

Duarte mandó un nuevo audio. Ni lo escuché. Solo vi la transcripción automática en la pantalla bloqueada: algún chiste sobre que yo acabaría el día demandando al Duero por daños estéticos. Sonreí de lado. Para eso servían ellos también. Para devolverme al hombre legible, al amigo con gracia excesiva, al litigante que exagera todo y luego se va a almorzar. Mientras tanto, yo iba bajando con un mandato falso en el bolsillo y una casa en Italia siendo medida por terceros.

Cuando llegué a la zona más baja, junto a las bodegas y a las primeras mesas aún sin abrir, el teléfono vibró otra vez. No era del canal. Era Giorgio, de nuevo. Había enviado el screenshot del e-mail y un mensaje corto debajo.

No era sobre mi casa.

Abrí el mensaje de Giorgio junto a la barandilla de metal, con el teléfono en la mano izquierda y la derecha cerrada sin darme cuenta. El screenshot ya no traía el código de mi casa. Traía otro. Lo reconocí antes de leerlo entero, como si ciertas combinaciones de letras se me hubieran quedado grabadas en el cuerpo. Era la referencia de su propiedad, la del lago, la que funcionaba en alquiler temporal con la compostura propia de los lugares que cobran mucho por parecer discretos.

La cadena del e-mail era más larga de lo que esperaba. Virtuo Turing, Lda. en copia para una dirección operativa de Justice4All. Más abajo, un contacto italiano de apoyo jurídico y reputacional. Todo muy aseado. Pedían preservación técnica, recogida estructurada, espejado de dispositivos, exportación de registros de huéspedes, videovigilancia, accesos Wi-Fi, identificación documental y tratamiento de imagen. En el punto siete hablaban de correlación de identidades y risk-linked persons. En el punto nueve, de contenidos de audio dispersos susceptibles de transcripción y traducción. La frase final era lo peor: properties under related operational influence.

Así escribían ahora lo que antes cabía en tres llamadas y dos hombres sentados en una mesa equivocada. Operational influence. Una casa, una mujer, un archivo y una historia mal enterrada.

La nota de Giorgio venía debajo, corta.

Non è la sua. È quella della signora.

Me quedé mirando aquello hasta que la imagen perdió definición. No porque fallara el teléfono. Porque yo estaba haciendo lo que hago siempre que una pieza encaja demasiado pronto: resistirme un segundo. Cecilia no me vino enseguida como Mariangela. Me vino como la mujer real. La voz baja. Las manos firmes. La manera en que miraba una habitación antes de decidir si podía respirar dentro. Mariangela era la forma de entrar armada en el teatro de los otros. Pero cuando un hombre recibe un mensaje así, no es el personaje lo primero que le sube a la garganta. Es la persona.

Bajé los últimos metros hasta el muelle casi sin ver a quién pasaba. Olía a café, al aceite sintético de una DT 50 LC ruidosa que pasaba y al agua golpeando contra las orillas del río. Un empleado arrastraba sillas. Dos turistas con mochilas grandes discutían en castellano delante de un escaparate todavía cerrado. Un hombre con chaleco descargaba cajas de cerveza como si el mundo fuera simple. Lo envidié durante dos segundos y se me pasó.

Me paré junto a una mesa vacía, pedí un “cimbolino” y me senté de lado para ver el teléfono y el frente del río al mismo tiempo. El café vino demasiado caliente. Mejor así. Me quemé la lengua y me quedé más despierto. A cierta altura de la vida empezamos a entender que el pasado no vuelve por nostalgia. Vuelve por facturación, por poder, por cadena societaria y por cláusula maliciosa. Vuelve con gente nueva usando materiales viejos y llamándolos de otra manera.

Eso fue lo que sentí allí: todos los libros regresando sin cubierta. Portofino, Como, las casas, las cartas, los nombres cambiados para proteger lo que nunca quedó realmente protegido. Yo había escrito demasiadas cosas a partir de lugares reales. Había tocado los nombres, sí. Había desplazado fechas, sumado personajes, enterrado pasos concretos en medio de trama, sexo, deuda, ironía, nostalgia y operación. Y durante años eso funcionó. El lector normal veía literatura. El lector correcto veía algo más. El problema es que ahora

MANDATO

alguien había cogido esos restos y los había pasado en limpio para el tribunal, para el funding y el software.

Leilac había dejado de ser un seudónimo. Ya era un poder de representación.

Bebí la mitad del “cimbolino”, abrí el canal privado y dejé otra banalidad para fecharme allí, en el lugar exacto en que estaba, a la hora exacta en que necesitaba estar visible.

Muelle, café miserable y la cascada sanjuanina de Rui Veloso.

Las respuestas llegaron enseguida. Risa. Una invitación a almorzar. Una provocación sobre que yo acabaría demandando también a las bodegas. Duarte preguntó si había dormido. Le mandé un poco y mal, que era lo bastante verdadero para pasar por chiste. El rastro quedaba montado. Si alguien lo necesitaba, yo estaba allí. Gaia. Mañana. Mal genio. Vida normal. Una vida normal muy trabajada, pero normal.

Volví al e-mail y releí la lista de datos que querían recoger de su casa. Huéspedes. Rostros. IDs. cámaras. Audio. Aquello ya no era solo una operación sobre consumidores, ni siquiera solo litigio agresivo con tecnología al lado. Era una malla. Voice4AllConsumers ponía la cara decente. Justice4All ponía la sequedad contractual. Virtuo Turing ponía los ojos, los oídos, las manos de máquina. Y detrás, yo olía el dinero italiano antes incluso de saber su nombre entero.

Mi irritación, a esa altura, ya ni siquiera era moral. Era íntima y profesional al mismo tiempo. Habían ido a por mi nombre, mi gramática y mis casas. Ahora iban a por la casa de ella. Esto ya no iba de textos. Iba de acceso. De quién entra primero. De quién archiva a quién. Y había algo peor que eso: para llegar hasta allí, alguien tenía que conocer el mapa conjunto. No bastaba con saber que yo existía. Hacía falta saber cómo me había distribuido por el mundo, por qué puertas volvía, qué dispositivos nunca tiraba, qué mujer no salía realmente de la zona crítica incluso cuando salía de mi cama, de mis libros o de mi vida visible.

Dejé la taza vacía y abrí la aplicación de viajes. Oporto. Milán. Todavía había sitio en un vuelo de la tarde. Cerré sin comprar. No por vacilación. Por disciplina. Primero necesitaba saber si iba hacia

OCTÁVIO VIANA

un reencuentro, hacia una emboscada o hacia eso que suele quedarse entre las dos cosas.

El teléfono vibró otra vez.

Era Giorgio. Había enviado una segunda imagen.

La abrí.

No era una captura de pantalla. Era una fotografía tomada sobre una mesa de madera oscura que yo conocía demasiado bien. Se veía la esquina de un cenicero de piedra, el borde de una copa vacía y en el centro un sobre crema, cerrado, sin sello. La letra inclinada venía en tinta negra, firme y sin prisa. Mi nombre estaba escrito en el papel con mi nombre real.

Octávio.

Me quedé unos segundos mirando aquello como si la distancia entre el Duero y el lago pudiera caber entera en una mierda de sobre.

El mensaje de Giorgio apareció debajo de la fotografía.

Cecilia è tornata ieri sera.

Ha lasciato questo per lei.

2

La Casa del Otro Lado

Italia, Lago di Como — Cernobbio / Via Regina / Villa d'Este

Entré en Cernobbio poco después de las cuatro, en un Alfa Romeo alquilado en Malpensa que olía a tabaco a pesar de la pegatina idiota en el salpicadero. Salí de la autopista y, en vez de girar a la derecha hacia Como, fui a la izquierda hacia la Via Regina con la irritación física que me provocan ciertos conductores: coches caros circulando despacio, como si se hubiera instruido al mundo entero para apreciarlos sin hacer olas.

Pasé por la Villa d'Este porque por ahí se pasa siempre. La carretera estrecha, la puerta de entrada bien lejos de los edificios, el ir y venir impecable de las maletas, los hombres de blazer ligero hablando bajo, las mujeres sin una arruga fuera de sitio. Nunca miré aquello como hotel. Para mí siempre fue otra cosa: un lugar donde la buena educación servía para envolver conversaciones indecentes. Ya entré allí con un nombre que no era el mío y un teléfono que no podía perder. El lago me hizo enseguida ese mal favor. Me devolvió el tiempo de El Rompecabezas del Diablo, las habitaciones pagadas por una offshore y los nombres prestados en recepción. Y, peor que eso, me devolvió lo que quedó sin decir.

Giorgio me esperaba en el ensanche de grava antes de la subida a casa. Camisa clara, chaqueta fina y el mismo aire de hombre que sabe estar cerca del dinero sin tocarlo más de lo necesario.

— Ben arrivato.

— Si he venido, ya sabes que no ha sido por gusto.

Se encogió de hombros. Me conocía lo bastante bien como para no fingir simpatías.

— La casa è a posto. Nadie entró. El sobre está conmigo.

Salí del coche, estiré las piernas y enseguida sentí la humedad del lugar pegándose a los pantalones. Giorgio me dio la llave, el mando del portón y el sobre. Mi nombre real delante. Su letra. Recta. Como si no hubieran pasado años por medio.

La casa quedaba por encima de la Via Regina, escondida por árboles y por una discreción cara que allí todo el mundo entiende. Piedra clara por fuera, madera seria por dentro, líneas limpias, balcones suficientes para

ver sin ser visto. El tipo de lugar donde un hombre podía guardar demasiadas vidas sin llamar la atención del vecindario. Nunca la usé para descansar. La usé para desaparecer, escribir, escuchar grabaciones antiguas, guardar hardware que no convenía tener en Gaia y, a veces, creer que todavía controlaba algo.

Cuando entré, me vino el olor conocido: papel, polvo fino, madera cerrada, Shoyeido ardiendo y el fondo húmedo que el lago deja en todo. Giorgio sabe limpiar sin borrar. Los libros seguían donde los había dejado. En la mesa del despacho había dos cuadernos negros, una caja de tarjetas SIM muertas, una grabadora antigua, cables enrollados con goma, una carpeta gris y una chaqueta mía que ya no recordaba haber dejado allí y un recibo: ciento cincuenta euros en incienso. En una balda baja, entre volúmenes de derecho de la competencia y novelas anotadas, había un cenicero pesado que nadie usaba desde hacía años. Restos. Nada sentimental. Pero restos.

Dejé la maleta en el cuarto de arriba y volví abajo con el sobre todavía cerrado en la mano. Giorgio se quedó en la puerta de la cocina, esperando.

— ¿Y la otra casa?

Entendió enseguida cuál.

— Quasi sempre ocupada. Americanos, suizos, ingleses. Estancias cortas. A veces un fin de semana, a veces tres noches. Chef, transfer, barca, fattura. Tutto pulito.

— ¿Reuniones?

— También. Dos hombres de Milano hace ocho días. Entraron al final de la tarde, salieron antes de las nueve de la mañana. Nada extraño, si quiere creer eso.

No quise.

Su casa quedaba más adelante en el mismo brazo del lago, lo bastante lejos para no parecer una extensión de la mía y lo bastante cerca para seguir dentro de mi cuerpo. Le conocía la lógica incluso sin verla entera desde allí. Alquiler de lujo bien gestionado, huéspedes extranjeros, calendarios llenos, pagos limpios, empleados temporales, barcos dejando gente en el embarcadero, maletas pequeñas y coches con chófer. Con una casa así, casi todo tenía explicación. Entradas y salidas eran hospitalidad. Cenas eran experiencias privadas. Cuatro extranjeros en una sala cerrada podían ser solo otro retiro corporativo con vistas caras. Era una buena manera de recibir gente sin pedirles el nombre verdadero.

Giorgio abrió la carpeta gris y sacó dos hojas que me dejó sobre la encimera.

MANDATO

— Esto también llegó. No en el sobre. En el correo de la gestión local. Pensé que debía verlo antes.

En la primera hoja había un calendario de reservas impreso, con fechas bloqueadas y notas laterales en inglés administrativo. Nada ostentoso. Transfers, catering, housekeeping, special privacy request. Una de esas líneas traía, en el campo del cliente, unas siglas que me pusieron el estómago a trabajar enseguida: V4AC. Más abajo, por extenso, sin ninguna vergüenza: Voice4AllConsumers.

En la segunda había una orden de servicio. Encabezado limpio, logotipo nuevo, tipografía de empresa que quiere parecer innovadora y fiable al mismo tiempo. Virtuo Turing, Lda. Destino: su propiedad. Trabajo previsto: refuerzo de red, revisión de videovigilancia, integración de dispositivos de huéspedes y soporte para transcripción de reuniones privadas. Todo dicho con esa delicadeza seca de quien convierte la intrusión en conveniencia.

Levanté la vista hacia Giorgio.

— ¿Quién pidió esto?

— Formalmente, la gestión de la casa. En la práctica, no lo sé. Pero hubo una furgoneta hace tres días. Dos hombres. Uno hablaba portugués.

Me quedé callado.

Salió de la cocina para dejarme a solas, como hacía siempre cuando percibía que el peligro ya había entrado en la habitación y no necesitaba testigos. Esperé a oír cerrarse la puerta. Solo entonces abrí su sobre.

Dentro no había ninguna carta. Había una tercera hoja doblada en cuatro, arrancada de un bloc de hotel de la Villa d'Este, y, detrás, una copia de la misma orden de servicio de Virtuo Turing. En esta segunda versión, la línea de autorización no venía en blanco.

Alguien había firmado en mi nombre. Peor: había firmado con el nombre que yo no le había dado. Debajo de la rúbrica digital, limpia, sin temblor, se leía: L. Viana — Leilac.

L. Viana — Leilac.

Me quedé con la hoja en la mano más tiempo del debido. La rúbrica en sí era demasiado buena. No por la forma del trazo; eso hoy se compra, se aprende, se entrena o se roba. Lo que me heló fue el híbrido. El nombre civil, el apellido, pegado al otro, como si alguien conociera no solo al hombre y a la máscara, sino la costura exacta entre los dos.

Solo entonces abrí la hoja del bloc de la Villa d'Este.

Tenía cuatro líneas, escritas a mano.

No uses el Wi-Fi. Ni tu teléfono. Pregunta a Giorgio por el transfer de hoy. C.

Nada de querido, nada de explicaciones, nada del teatro que ella sabía hacer mejor que casi toda la gente que he conocido. Cecilia, cuando quería ser clara, escribía como quien corta el cable correcto.

Fui al armario técnico de la despensa, abrí el panel y desconecté la red de la casa. Router, mesh, NAS, dos cámaras interiores que ni recordaba haber dejado encendidas, repetidores, un puente antiguo que ya debería estar muerto y aun así seguía parpadeando. El ruido seco de los clics me sentó bien. Luego subí al despacho, saqué de un cajón un Nokia viejo, un portátil sin nada conectado y una bolsa gris donde suelo meter lo que no quiero que ande hablando con terceros.

Al pie de la orden de servicio de Virtuo Turing había campos que un electricista cualquiera no inventa: separación de oradores, sincronización multicámara, detección de puntos ciegos, indexación de huéspedes por imagen, refuerzo de retención de audio ambiente. No era mantenimiento de una casa alquilada. Era preparación de cosecha.

Volví a la cocina.

— El transfer de hoy —dije.

Giorgio no preguntó por qué. Sacó el teléfono del bolsillo, abrió una nota y leyó.

— Salida de la Villa d'Este, 19:40. Destino: su casa. Tres pasajeros, más material. Solicitud hecha por concierge externo. Pago anticipado.

— ¿Qué material?

— Dos maletas pequeñas, un case técnico, flores, vino, cocina fría. Y un segundo coche a las 18:50, de Virtuo Turing. Ese no lleva huéspedes.

— Ya has sido muy útil sin querer.

— Hago lo que puedo. Miró el papel en mi mano. ¿Fue ella?

— Fue.

— Entonces no está aquí solo para defender su casa.

No le respondí. Tampoco hacía falta.

Bajé en coche hasta la Via Regina cuando todavía había bastante movimiento como para parecer solo otro hombre de mal humor llegando tarde a alguna parte. Allí la nobleza de la zona nunca me impresionó demasiado. Lo que me interesa es su disciplina. Jardines cortados al milímetro, portones que se abren sin ruido, empleados entrenados para no fijar rostros, chóferes que saben cuándo mirar al frente. Por eso funciona el sitio. No por la belleza. Por la eficacia.

La subida a su propiedad se hacía por una calle lateral estrecha, protegida por muros viejos y cámaras nuevas. Paré más abajo, junto a una zona de servicio donde una furgoneta de lavandería descargaba sacos blancos, cajas de amenities y dos embalajes de vino blanco con marca de hotel.

MANDATO

También había una Mercedes V-Class con chófer, motor encendido, y una furgoneta negra sin identificación. En el asiento delantero de la negra, detrás del cristal, vi un lanyard apoyado en el salpicadero. Rojo, letra blanca. Voice4AllConsumers.

Me quedé sentado, quieto, mirando aquello como si fuera un error de impresión y no la continuación lógica del PDF de Gaia.

Del portón salió una chica de housekeeping con una tablet y una carpeta de cuero. Hablaba por teléfono en inglés con el tono profesional de quien ya ha repetido la misma frase diez veces.

— Yes, of course, private dining is set. The tech team is already inside. Tech team.

A su lado, un hombre descargó de un case metálico un trípode, un módulo de red y una pequeña caja negra con el logotipo de Virtuo Turing. Reconocí enseguida la familia del equipo. No el modelo exacto; la lógica. Captación limpia, redundancia, integración rápida, aspecto elegante para no asustar a un cliente rico. Aquello podía servir para una reunión híbrida, para traducción, para grabación privada. Y para las otras cosas.

Una pareja americana llegó a pie desde la parte de arriba, con dos Rimowa y ese aire de quien compra discreción como compra vino caro. La puerta se abrió. Entraron. Un check-in así lo absorbía todo. Nadie, viéndolo desde fuera, diría que detrás de la hospitalidad podían estar montando otra cosa. Ese era el genio seco de su casa. Huéspedes extranjeros entrando y saliendo, pagos limpios, staff temporal, concierge, transfers, chefs privados, flores, vino y ropa lavada. Entre todo eso, metes una reunión, tres nombres falsos y un sistema de escucha con aspecto de servicio premium, y el mundo lo llama lujo.

No la vi.

O vi algo que podía ser solo una mujer cruzando la planta de arriba y no me autoricé a convertirla en Cecilia antes de tiempo.

Aguanté allí tres minutos más. Luego arranqué. No me apetecía ofrecer la cara a cámaras que quizá alguien ya estuviera entrenando con archivos míos.

Al pasar de nuevo por la Villa d'Este, reduje la velocidad sin querer. Ya había entrado allí con demasiados nombres como para fingir indiferencia. Había un mostrador discreto junto al portón de entrada, montado para acreditación. Dos cajas aún sin abrir estaban en el suelo, con etiquetas de transporte. En una se leía V4AC hospitality. En la otra, más pequeña, Virtuo Turing AV support.

Ya está. Ya bastaba.

Di la vuelta y subí a casa con un principio de náusea y hambre, combinación pésima para pensar. Giorgio había dejado café hecho en una jarra térmica y un plato con dos lonchas de vitello tonnato que me comí de pie, frío, mirando los papeles. Después abrí en el portátil offline el dossier de la gestión local y busqué la reserva del transfer.

La solicitud venía enmascarada por una concierge suiza. Pero la nota interna, escrita de prisa para uso del staff, era más honesta que el contrato: Private dinner prep, V4AC principals. Technical liaison by Virtuo Turing. Guest flow through residence.

Guest flow through residence.

Era una frase sucia de tanta limpieza.

Apoyé las manos en la mesa y me quedé un momento así, inclinado, sintiendo la madera fría en los dedos. En 2009 yo todavía creía demasiado en ciertas herramientas. Hoy ya sé lo suficiente para reconocer cuándo alguien coge piezas mías y las pone a rendir contra mí.

El Nokia vibró dentro de la bolsa gris.

No tenía ese número desde hacía años. Solo cuatro personas lo conocían. Miré la pantalla sin tocarla.

Llamaban desde un número fijo italiano.

Villa d'Este.

Contesté al tercer tono.

— Si?

Una voz de recepción, entrenada para no meterse donde no la habían llamado, preguntó por el signor Viana y, cuando confirmé, fue directa al grano.

— Chiamo dalla Villa d'Este. Una señora dejó una busta para usted y una petición de confirmación para mañana. Pidió que lo contactáramos solo en este número.

— ¿Qué señora?

— Non ha lasciato nome. Dijo que bastaba con decirle esto: “no use nada conectado”.

Colgué sin dar las gracias.

Giorgio apareció en la puerta de la cocina antes de que yo lo llamara. Debí de haberme oído el tono, o ya llevaba bastantes años conmigo como para saber cuándo la casa cambiaba de temperatura.

— ¿Quiere que vaya con usted?

— No.

— Lo llevo yo.

— Si ella pidió este número, me pidió a mí.

MANDATO

Asintió. Sin drama. Fue a buscarme una chaqueta ligera y la dejó en el respaldo de la silla, como quien sirve una copa. A veces la verdadera elegancia es esto: hacer sin comentar.

Bajé otra vez por la ladera y metí el coche en un pequeño hueco de un mirador panorámico, sobre el lago, público, justo al lado del Queen's Pavilion, el rincón más discreto que conocía. La Villa d'Este seguía haciendo el mismo truco de siempre: mucho protocolo, mucha gravilla bien cuidada, mucho empleado de guante invisible, y por debajo gente llegando con doquieres, agendas, resentimientos y dinero ajeno. Ya había entrado allí demasiadas veces como para fingir encanto. Hay sitios que nos reconocen por los zapatos, aunque no digan el nombre.

Entré por la pequeña verja verde al lado del helipuerto, crucé el pequeño puente peatonal sobre la Via Reggina y bajé por el jardín hasta la entrada del edificio principal, el Cardinal. Dos mujeres de negro montaban acreditaciones sobre una mesa alargada. Un técnico ajustaba una pantalla demasiado grande para ser solo una boda o un cumpleaños caro. En un caballete aún sin abrir se veía la mitad de un título, tapado por la protección de cartón: European Access... Bastaba. Al lado, más cajas con las mismas referencias que yo ya había visto. V4AC hospitality. Virtuo Turing AV support.

Fui a la recepción principal. El conserje era nuevo para mí, pero el tipo de hombre era antiguo: traje impecable, reloj que no brilla a primera vista, boca neutra y cabeza rápida.

— Buenasera, signor Viana. Lo dijo sin consultar ningún monitor. Mala señal. La stavamo aspettando.

— Eso es precisamente lo que me preocupa.

No sonrió. Me gustó más así. Sacó de un cajón un sobre grueso, crema, sin ningún nombre por fuera, y una hoja de confirmación sujeta con un clip.

— La señora dejó también esto. Dijo que, si lo prefería, no hacía falta que firmara aquí. Bastaba con que leyera.

Miré la hoja antes de tocar el sobre.

Era una confirmación de transfer privado para la mañana siguiente. Salida del embarcadero de la Villa d'Este, 11:15. Destino: embarcadero privado enfrente, sin dirección abierta en el impreso. Pasajero principal: Mr. L. Viana / Leilac.

Esa barra oblicua entre los dos nombres me hizo más daño que la falsificación de la vispera. No por la ilegalidad. Por la intimidación. Quien escribió aquello sabía demasiado sobre la mierda exacta en la que me había

convertido a lo largo de los años. Y, peor aún, la trataba como categoría logística.

— ¿Quién validó esto? pregunté.

— La concierge externa asociada a la residencia. Pago ya garantizado. Solicitud de confidencialidad total.

— Residencia.

— Sí.

Claro. Nunca la llamarían casa a lo que querían usar.

Abrí el sobre. Dentro venían una tarjeta doblada, una pequeña llave de latón con etiqueta blanca y un segundo papel, impreso, con una lista de servicios prevista para esa residencia: private dining, sommelier, security float, language support, discreet transcription stand-by. Esta última línea venía subrayada con bolígrafo azul.

Virtuo Turing ni siquiera necesitaba entrar por la puerta principal. Le bastaba con entrar como conveniencia.

La tarjeta tenía su letra. Sin vacilación. Sin ninguna intención de arrullarme.

Mañana no vengas por iniciativa propia. Ven porque te llamaron por tu nombre.

11:15. El barco ya está reservado. Si te niegas, les confirmas miedo. Si vienes, ven solo.

C.

Le di la vuelta a la tarjeta. En el reverso había una línea más.

La llave es de la puerta lateral. No llegues por delante.

La cerré y me quedé un instante con la llave en la palma de la mano. Era ligera. Fría. Suficiente.

El concierge se mantuvo quieto, respetuoso, pero atento. Había allí una curiosidad profesional que yo conocía bien. No quería saber de mi vida; quería entender en qué nivel de problema estaba metiendo al hotel sin ensuciarlo.

— ¿La señora dejó alguna otra instrucción? pregunté.

Vaciló el tiempo justo.

— Sí. Bajó un poco la voz. Dijo que, si usted hacía preguntas sentimentales, yo debía decirle que no perdiera el tiempo.

No pude evitar una media risa seca. Eso era más de ella que la letra.

— ¿Y si hiciera preguntas útiles?

— Que leyera el último papel solo cuando estuviera solo.

Había, en efecto, una hoja más pequeña, doblada dentro del impreso de los servicios. La saqué ahora. El concierge apartó la vista. Al menos habían aprendido algo de los escándalos ajenos.

MANDATO

Era una tira de papel arrancada de cualquier bloc, escrita de prisa.

No llames. No respondas a ninguna invitación en tu nombre. No abras la casa por el sistema antiguo.

Y abajo, sola, la frase que faltaba para quitarle cualquier resto de romance a aquello:

Quiero verte porque la máquina ya arrancó.

3

El Mergullo Frío

Italia, Lago di Como — Moltrasio / Passalacqua / antiguo Lido

E speré hasta las seis y diez en el anexo bajo junto al lago. La llave me abrió la puerta lateral a las 11:17, pero ella solo bajó cuando la casa agotó la última ronda de empleados, copas y visitas de agencia. El anexo había sido otra cosa en otro tiempo; ahora era un trastero limpio con maneras de suite de apoyo: banco corrido de madera, ducha de acero inoxidable, armario de toallas, mininevera, un router apagado, enchufes demasiado nuevos como para inspirarme confianza. Me pasé la tarde oyendo pasos sobre mi cabeza, ruedas de maletas sobre el empedrado, italiano bajo de staff entrenado y el pequeño golpe del agua contra la piedra. Revolví todos los rincones. Encontré un espejo reciente, un cable coaxial cortado junto al rodapié y un agujero tapado a toda prisa en el marco de la ventana. No estaba allí por romanticismo.

Cuando la puerta se abrió, yo ya sabía que era ella por la forma en que evitó el clic. Entró y se quedó un segundo quieta, midiendo el espacio y midiéndome dentro de él. Camisa blanca gruesa, mangas dobladas por encima de la muñeca, pantalones oscuros, zapatos planos. El pelo recogido sin demasiado cuidado. En el anular izquierdo había una franja de piel más clara. La vi antes de decidir fingir que no.

— Seis horas —dije.

— ¿Preferías subir y atravesar la casa como un proveedor?

La voz venía más baja. Menos escenificación, más hueso.

— Prefería no estar escondido.

— Hoy era la forma más limpia.

Cerró la puerta detrás de sí, extendió la mano y esperó.

— Teléfonos.

Saqué el Nokia del bolsillo del abrigo y un segundo aparato sin batería. Ella los guardó en una bolsa gris forrada de malla metálica. Cuando me tocó la muñeca para confirmar que no llevaba otro, tenía la mano fría.

— Aún haces esto dije.

— Sigues vivo por esto.

Aquella respuesta podía ser cariño, insulto o ambas cosas. En ella casi nunca venía una sola cosa.

Se acercó más de lo necesario. El jabón era simple, el perfume casi ninguno y por debajo le venía el olor del lago pegado a la camisa. Tuve ganas de tocarle la cara con una brutalidad estúpida, como si el tiempo entre nosotros fuera materia que se pudiera arrancar con la uña. Me quedé quieto.

— Me mandaste venir con un nombre equivocado.

— Yo te mandé una llave.

— En tu casa circula un nombre que no te di autorización para usar.

— En mi casa circulan muchas cosas para las que no di autorización.

Miró la ventanita, luego el techo. No era pose. Estaba contando líneas, bocas, ángulos, como siempre hacía cuando había riesgo.

— ¿Esto está limpio? pregunté.

— Limpio no. Menos sucio.

— Bonita garantía.

— Fue la mejor que pude darte sin dejarte en la puerta.

Yo ya había preparado media docena de entradas. Ninguna me sirvió cuando la tuve allí a dos pasos. Ese era el problema con ella. La inteligencia ayudaba poco en el primer minuto. El cuerpo llegaba antes y jodía el orden.

— Pensé que vendría Mariangela dije.

Me volvió la cabeza con una mirada corta, cansada y muy precisa.

— No me hagas ese favor barato.

— Era ella quien me concertaba encuentros desde hacía años.

— Mariangela no bajó estas escaleras. Dio un paso más. Bajé yo. Cecilia. La mujer real. A la otra sé vestirla cuando me conviene. Hoy no te quise aquí para que hablaras con un personaje.

Me quedé mirándola. Allí, en aquel anexo con olor a toallas, no había espacio para mentiras piadosas.

— La mujer real me deja en un almacén todo el día.

Esta vez sonrió, solo de un lado.

— El personaje habría bajado con prosecco.

— ¿Y tú a quién quieres, al final?

— ¿Hoy? A Octávio.

— Llegaste tarde.

— No. Me miró la boca, luego el cuello. Llegué antes de que el otro nombre te volviera a subir a la piel.

Me pidió el abrigo con un gesto corto, lo colgó en un gancho de latón y abrió la puerta al exterior.

Salimos a la plataforma baja. La casa quedaba arriba, en terrazas limpias, bien cuidadas y, más adelante, al otro lado de la curva, se veía el

MANDATO

movimiento discreto del Passalacqua. El resto era agua muy cerca y piedra guardando la humedad del día.

Ella se apoyó en la barandilla de hierro y encendió un cigarrillo.

— Los dejaste entrar dije.

— Los dejé pensar que entraban.

— En la práctica, la diferencia se paga del mismo modo.

— En la práctica, si yo cerraba todo, venían con papeles, técnicos y policía. Así vi quién venía, en qué coche, a qué horas, qué querían medir primero.

— ¿Y te gustó el espectáculo?

Ella volvió la cabeza despacio.

— No me provoques solo porque todavía no sabes dónde poner las manos.

El golpe fue limpio. Me quedé callado porque ella tenía razón y porque me irritaba cuando la tenía. Apagó el cigarrillo a medias y bajó los tres escalones que daban al pasadizo lateral. La seguí.

El antiguo lido empezaba allí, disfrazado de zona técnica para no ofender los ojos de los huéspedes. Piedra lisa, un armario de remos, una cabina estrecha, una escalera de inox bajando al agua. Más abajo, al nivel del lago, una tarima de madera antigua hacía de embarcadero privado.

— Elegiste bien el sitio dije.

— No lo elegí. Se heredó.

— Como casi todo lo que complica.

Ella me miró de lado.

— Sigues viniendo armado de frases.

— Todavía las mereces.

Se detuvo al final del pasadizo. El viento que venía del agua se le metió por la camisa y le dibujó el cuerpo sin pedir permiso. No era una belleza ordenada. Era mejor. Había línea en las piernas, trabajo en los brazos, un cansancio fino junto a la boca. Aquello me encendió de arriba abajo, de una manera antigua y mala.

Ella lo vio todo.

— Todavía me miras así murmuró.

— Y tú todavía te paras para ver.

— Me paro para contar salidas.

— Mentira.

Me acerqué lo suficiente para sentirle el calor del cuerpo a través de la camisa. Ella no retrocedió. Los dos nos quedamos oyendo una cadena sujeta golpear suavemente la madera del muelle. Arriba, una puerta se cerró. Más lejos, alguien se rio en un balcón que no veíamos.

Apoyé la mano en la barandilla, al lado de la suya. Nuestros dedos se tocaron apenas. Ella bajó los ojos un segundo, respiró hondo y volvió a enderezarse.

— Tu problema dijo ella es que siempre crees que puedes hablar primero.

— El tuyo es creer que el silencio te absuelve.

— No absuelve. Solo compra tiempo.

Levantó la cabeza, se quitó el reloj y lo dejó sobre la tabla seca de la tarima.

— Dentro de la casa no te digo nada más.

Miré el agua. Abril. Fría hasta la maldad.

— Entonces habla aquí.

— Aquí todavía hay paredes. Me miró fijamente. En el agua hay menos escucha.

— Te estás burlando de mí.

— Si lo estuviera haciendo, ya te habrías dado cuenta.

Guardó la bolsa con los teléfonos en la cabina estrecha y se volvió hacia mí.

— Vienes como Octáviodijo. ¿O te quedas en tierra haciendo de Leilac tú solo?

La miré, luego al agua, y empecé a desnudarme.

No le di respuesta. Me quité la ropa con la rabia seca de quien ya ha entendido que la elección se hizo antes de la pregunta. Ella no apartó los ojos. Me midió entero, sin pudor y sin ternura fácil. Sentí cómo me miraba como quien lee un libro ya leído y todavía encuentra en él cosas que la irritan.

— ¿Entonces? preguntó.

— Ven.

— ¿Como quién?

— No abuses.

Ella bajó la escalera primero. El agua le tomó los tobillos, las rodillas, los muslos. Solo entonces la vi apretar los dientes. Cuando me lanzó una mirada por encima del hombro, ya tenía medio cuerpo dentro del lago.

— Si te vas a quedar contemplando, vuelve a subir.

Entré detrás.

El frío fue brutal. Me subió por las espinillas como una avería, me cerró los pulmones a medias y me quitó un segundo de dignidad. El agua de abril en ese punto no se discutía; entraba y mandaba. Aferré una mano a la escalera, me sumergí del todo y dejé que el choque hiciera lo que tenía

MANDATO

que hacer. Cuando volví a salir, ella estaba a un metro de mí, con el pelo ya suelto, pegado a la nuca.

La besé sin aviso.

Su boca estaba fría, pero la respuesta llegó enseguida, dura, casi enfadada. Chocamos el uno contra el otro contra la pared de piedra. Arriba se oyó el motor de una lancha trabajando despacio. Ninguno de los dos miró.

Lo demás fue menos reconciliación que ajuste de cuentas. El frío del lago, la piedra, la oscuridad del agua, el filo de las ventanas encendidas a lo lejos: todo servía para quitar el barniz. No había allí nostalgia ni teatro. Había memoria, rabia, hambre y una verdad física que ninguno de los dos había sabido domesticar. Cuando volvimos a subir al entarimado, chorreando, ciegos de frío y de deseo, ya no quedaba entre nosotros la distancia limpia con la que dos personas sensatas vuelven a hablarse.

Ella fue la primera en romper el aliento.

— Miramedijo.

La miré.

— No he bajado aquí para hacer teatro.

— Entonces no lo hagas.

— Mariangela haría esto mejor en público.

— Pero tú viniste.

— Sí.

Nos quedamos allí, cuerpo contra cuerpo, sin ilusión y sin salida, hasta que el impulso gastó lo que tenía que gastar. Cuando terminó, ninguno de los dos habló durante unos segundos. Solo se oía agua, respiración y una barca que pasaba más cerca de lo que me habría gustado.

Fue ella quien se movió primero. Se volvió despacio, me tiró de la cintura y apoyó la cara en mi pecho, como si necesitara oír algo ahí. Su mano, todavía trémula, bajó hasta mi abdomen y se quedó quieta. No era puro cariño. Era recuento. Pulso. Confirmación de vida.

Arriba se apagó una luz.

— ¿Todavía quieres respuestas? preguntó.

— No vine por el baño.

— Sé a qué viniste.

— Entonces habla.

Se apartó lo suficiente para verme la cara. El frío empezaba a volverme a los hombros.

— No voy a mentirte ahoradijo ella.

La voz ya no era la de la mujer que me había llevado al agua. Era más baja, más cansada y por eso mismo más peligrosa.

Sacó una toalla de la cabina, me la lanzó sin fuerza y se quedó mirando el lago como si buscara allí el orden correcto de las palabras. Me froté la cara, el pecho, el cuerpo todavía sensible por el frío y por lo que ella me había hecho, y me senté en el borde del entarimado con los pies casi tocando el agua.

Ella no se cubrió enseguida. Se quedó desnuda unos segundos más, mirando el lago, luego se echó otra toalla sobre los hombros sin apretársela mucho. Tenía la marca de mis dedos en el cuello. Lo vi todo. Ella se dio cuenta de que la estaba mirando.

— No pongas esa cara.

— ¿Cuál?

— La de quien cree que el cuerpo resuelve el resto.

— No lo resuelve. Pero ayuda a escuchar.

— Todavía tienes talento para la insolencia.

— Y tú para traerme hasta ella.

Se acercó a la cabina, sacó de allí la bolsa gris de los teléfonos, un paquete de cigarrillos y un sobre de plástico grueso, de esos que se usan en barco para proteger papeles. El sobre no estaba allí por casualidad. Estaba demasiado seco, demasiado preparado.

Encendió un cigarrillo al tercer intento. El viento del agua no ayudaba y su mano, por primera vez desde que me había abierto la puerta lateral, temblaba. No mucho. Lo suficiente.

— Viste el PDFdijo.

Asentí.

— Entonces conoces la superficie.

— Si me llamaste para repetir lo que ya leí, podríamos habernos ahorrado el lago.

Eché el humo hacia un lado, lejos de mí. Seguía haciendo eso.

— No te llamé por el PDF. Te llamé porque el papel existe.

Dejé el sobre de plástico entre los dos.

Lo miré sin tocarlo enseguida. Mi mano todavía tenía la marca de sus dientes y una línea fina de sangre seca cerca de la base del pulgar. Aquello me irritó de una forma desproporcionada. No la mordida. El sobre.

— ¿Dónde lo conseguiste?

— En mi casa.

— ¿Te lo dejaron?

— No. Intentaron hacerme firmarlo como recepción operativa. Pedí tiempo. Fingí dudas fiscales, seguro, protección de huéspedes, toda esa conversación que los abogados toleran en una viuda bien vestida.